



RELACION DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

A la uroa bajó el Sol,
fué disposicion divina,
de que tome carne humana,
para que al mundo redima
con su pasion y su muerte,
de aquella caverna ó cima
donde estábamos sugetos
con una obligacion fija.
Por este sacro misterio
nos vemos libres; qué dicha!
Gabriel trajo la embajada,
llegó y dijo: Ave Maria,
llena sois toda de gracia;
concebireis este dia
en vuestras puras entrañas
al Niño Dios, Virgen Pia.
Y dado el consentimiento
quedó preñada María.

Llegando los nueve meses,,
de Nazaret se partia
para Belén: y entre escarchas
nació el autor de la vida.
Los pastores se alegraron,
los cielos se regocijan,
los Querubines le cantan,
y los ángeles decian;
ya es nacido el Rey del cielo,
gloria á Dios se dé cumplida.
En su Circuncision sacra,
que fué al cábo de ocho dias,
nos dió á entender en el templo,
á lo que al mundo venía,
que era á derramar su sangre,
por restaurar lo que habia
perdido por el pecado
de Adán: notable desdicha!

Visitáronle los Reyes
con contento y alegría,
y al niño le presentaron
el oro, el incienso y mira.
Trayéndole desde el templo,
se les perdió y con fatiga,
sus padres que le buscaban,
á cualquiera que veían,
le preguntaban, diciendo,
si han visto al bien de su vida.
Unas mugeres les dieron
noticias con que se animan,
y en el templo le encontraron,
que la Escritura esponía
á príncipes y doctores,
con tanta sabiduría,
que á contradecir no aciertan,
pues confundidos se miran.
Su entretenido recreo
le encontraba cada día
por los sitios escusados
en el árbol de la vida;
con las cruces conversaba,
y de esta suerte decía;
dulcísima semejanza,
donde fin tendrá mi vida,
por eso os estimo tanto,
cruz amada y cruz querida,
que me has de servir de lecho,
en mis penas y fatigas.
Cumplió los treinta y tres años
el Señor, y determina
caminar á padecer:
con su madre lo plática.
Un jueves por la mañana
la llamaba y la decía:
ya es tiempo, Madre, ya es tiempo
de cumplir las profecias;
yo he de ir á sufrir muerte
porque el hombre tenga vida.
Hijo de mi corazon,
dulcísima prenda mía,
que me quieres dejar sola

metida en tantas fatigas?
Cristo y su Madre se abrazan
llorando se despedían:
mi bendición os alcance.
Quedaos en paz, hasta el día
pue subáis á las alturas
á estar en mi compañía.
A su sagrado Colegio
le dió en la cena, su misma
carne y sangre (qué portento!)
y lavó los pies (qué dicha!)
Un atrevido le vende
por una infame codicia,
que fueron treinta dineros;
¡ay Dios, quien tal imagina!
Solo tres llevó consigo,
cuando al huerto se encamina,
que son Pedro, Juan y Diego,
porque de testigos sirvan.
Llegé el redentor al huerto,
y un poco á orar se retira;
hizo oración á su Padre
y de esta suerte decía:
pase, señor, si es posible,
este cáliz de agonía
en mí; mas siempre se haga
tu voluntad, no la mía.
Gotas de sangre le hace
sudar pena tan crecida,
y un Angel se le aparece,
que le conforta y anima.
Partiose mas esforzado
á su noble compañía,
halló que estaban durmiendo
y llamándoles decía:
velad y atended, amigos,
que ya veloces caminan
los que vienen á prenderme
para quitarme la vida.
Llegó Judas el malvado,
con su infame escuadra impía;
dijo Cristo: á quién buscáis?
A Jesus le respondían;

y el Señor les dijo entonces:

ego sum, y se caían
en tierra todos postrados,
que moverse no podían.

Dióles el Señor licencia,
y con la saña maligna,
foriosos aprisionaron
al Redentor de la vida.

A palos, á puntillones
y á patadas lo derriban;
lo ataron de pies y manos,
juzgando se les iría,

y llevándolo arrastrando,
hácia la ciudad caminan
con algazara y estruendo,
con voces y gritería.

Entran en Jerusalem,
y por balcones y esquinas,
por puertas y por ventanas
unos á otros se decían

ya está aquí el fasineroso,
el que se hacía Mesías.

Se lo presentan á Anás,
y á Cristo, por su doctrina
y discipulos pregunta;

y el Cordero sin mancilla
dió una sumisa respuesta.

Un traidor con mano inicua
dió á Cristo tal bofetada,
que le cruzó la megilla.

Se estremecieron los cielos,
y el Redentor le decía:

en que ofendí tu persona,
que así maltratas la mía?

Sufrió allí el Señor mil burlas,
y Anás luego determina

se lo lleven á Caifás,
por ver lo que él haría.

Le recibió muy gustoso
pues deseado lo había;

y á Jesus le preguntó,
que siera él el Mesías,

conjuróle por Dios vivo,

y el Señor le respondía:

tú lo has dicho, y muy en brève
entre nubes á la vista

tendréis al Hijo del Hombre.

Blasfemado ha, repetía

Caifás: que esperais mas prueba?

Una criada decía:

venis con el embustero?

á Pedro, y él respondía;

no he conocido tal hombre,

y luego el gallo le avisa.

Cayó San Pedro en su yerro,

y llorando se salía

hecho sus ojos dos fuentes,

dos canales sus megillas.

A Pilato al Señor llevan,

y este su inocencia vista,

sabiendo ser Galileo,

al rey Herodes lo envía;

quiso hiciera algun milagro,

mas Cristo no respondía.

Le trató al fin como loco

con vestidura ridícula,

y á Pilato lo devuelve,

porque hiciera de él justicia.

Mas viendo el juez su inocencia,

libertarle determina,

quiso darle corregido,

y lo entregó á aquella inicua

é inhumana gente suya,

que su corage desquitan.

Con una púrpura vieja

Rey de farsa lo publican,

con una caña en la mano,

y su santa Faz ceñida.

Su sacra barba le mesan,

de los cabellos le tiran,

escupiéndole en el rostro,

y doblando la rodilla;

como á Rey le saludaban,

y al darle golpes, decían;

adivina quien te dió;

si eres Cristo, profetiza

Una corona le trazan
con setenta y dos espinas,
traspasando su cerebro
aquellas puntas malignas.
Amarrado á una columna
el que es la inocencia misma,
seis verdugos lo azotaron
con rigor y tiranía.
Con ramales y con varas,
garfios, cadenas impías,
cínco mil golpes le dieron,
que los huesos se veían.
Lastimose de él Pilato,
y por ver si les movía
á un balcon así le asoma,
y Ese Homo les decía,
tened piedad de este hombre.
Y el vil pueblo á una voz grita:
crucifícale, á qué aguardas?
Por librarle, proponía
debía soltar á un preso
por la Pascua, y le pedían,
que á Barrabas les soltase,
y que si así no lo hacía
era enemigo del César.
Viendo tal mortal envidia,
lavadas antes sus manos
esta cruel sentencia firma;
que en una Cruz muera Cristo.
A cuestras se la ponían,
y moviéndole á empellones,
á pocos pasos caía.
Los pregoneros clamaban,
y sus clamores decían:
ya viene el sacro Cordero
á ofrecer muerte por vida.
Cayó en tierra por tres veces,
y una muger compasiva
con la toca que llevaba
su rostro sagrado limpia.
Llegó Cristo (qué dolor!)
al Calvario (qué fatiga!)

donde los crudos sayones
las vestiduras le quitan.
Tienden la cruz en el suelo,
y tres barrenos le fijan
enclavando su persona
con tres clavos (qué agonía!)
Le levantaron en alto,
y cuando ansioso decía;
tener sed, aun por mas penas,
hiel y vinagre le aplican.
Dos ladrones le acompañan,
y el paraíso ofrecía
al que pidió se acordase
cuando en su reino estaría.
En las manos de su Padre
Cristo su Espiritu envía;
luego inclinó la cabeza,
en señal de que moría;
peñas y aun montes se parten,
el sol y luna se eclipsan.
Para mas mofa trageron
á Longínos, que no veía,
y dándole una lanzada,
el corazón le partía;
de él salió sangre y agua
con que recobró la vista;
y reconociendo el yerro,
llorando el perdón pedía.
El cuerpo pidió á Pilato,
José Abarimatia,
Nicodemus y él lo bajan,
y tristes lo depositan
en los brazos de su Madre,
que estaba casi sin vida;
todo lo insensible siente
viendo llorar á Maria.
A la tarde lo enterraron,
y el domingo resusita,
para subirse á la gloria,
la cual tiene prometida
á quien su ley y preceptos
observase en esta vida.